

traba desde un principio la gran masa de los peregrinos, y que se aumentó en el transcurso de la guerra, infuyó con irresistible poder en la imaginación de los narradores. Les parecía un milagro que pudiesen vivir á la sazón en el lejano Oriente, en medio de los mahometanos, en aquella magnífica región de la Siria, cuando poco antes se hallaban en mortal agonía, y al fin sanos y salvos merced á aquella brillante victoria. Con esto vino á perderse la calma de la observación; la actividad de la fantasía salió á la escena, y un tupido tejido de leyendas envolvió en poco tiempo toda la historia de la cruzada. Los hechos heroicos de que fueron testigos los narradores, se exageraron de un modo fabuloso; inventáronse además algunos otros, y todos se relacionaron en conjunto con los nombres de los príncipes cruzados, á cuyo ejército pertenecía el narrador. Así nació la fama de Godofredo, de Hugo, de Raimundo y de Roberto, que en verdad nunca la merecieron tan grande á pesar de todo su valor. Despues se inventaron sucesos, que casi no tenían relación alguna con lo realmente acontecido; tales como la interesante leyenda del hijo del rey de Dinamarca Swen, el cual, despues de salir de Nicea el gran ejército cruzado, penetró en el Asia Menor acompañado de Florina su prometida y de 1,500 caballeros, y víctima de la traición de los griegos y de los seldyucidas, fué sorprendido por estos en la espesura de un bosque y muerto en union de todos los que le acompañaban. Pero esta inconsciente inventiva fué mas fecunda aun en la metamorfosis de Pedro de Amiens.

Hemos dejado á este constante promovedor de la cruzada cuando volvió á Constantinopla, poco tiempo antes de la casi total destrucción de su ejército de campesinos en la costa del Asia Menor. Allí aguardó la llegada de los príncipes y caballeros, y cooperó á la propia cruzada en su compañía. Con él estaban aun varios de sus antiguos compañeros, á los cuales se fueron agregando poco á poco las gentes del pueblo bajo, pordioseros y merodeadores, hasta el punto de poder reunir de nuevo un grupo numeroso, semejante al que Pedro había capitaneado antes, aunque mucho mas tosco que aquel. Al frente de él estaba, segun la leyenda, un jefe militar, á quien sus mismos subordinados llamaban en tono burlesco, sirviéndose de una palabra turca, el rey Tafur, príncipe mendigo. Pero en realidad Pedro era el protector de aquella gente, y la brillante aureola que rodeaba á su persona, le daba tambien cierta importancia en el resto del ejército. En enero de 1098, cuando la estrechez de los cristianos acampados delante de Antioquia llegó á su mas alto grado, tuvo tambien Pedro su momento de pusilanimidad, y emprendió la fuga en compañía de otros cruzados; pero Tancredo corrió tras él y le decidió á que volviese. Poco tiempo despues logró de nuevo una posición tan importante, que, poco antes de la salida de los cristianos de Antioquia para dar la batalla decisiva, le fué encomendada aquella embajada cerca de Kerbogha, que cada uno de los mas distinguidos señores procuró eludir; y no mucho tiempo despues de la victoria alcanzada sobre el ejército de Mosul, parece que fué nombrado además administrador de una especie de caja de pobres, que se estableció en el ejército para socorro de los que carecían de recursos.

El grupo de mendigos del titulado rey Tafur se desizo en elogios de Pedro, del mismo modo que los caballeros lorenenses colocaron en el lugar distinguido de sus narraciones al duque Godofredo, y los franceses al conde Hugo, hermano de su rey. Aquí pues hay que buscar el origen de aquellas tan interminables y tan repetidas leyendas, segun las cuales, Pedro, comisionado por el mismo Jesucristo, hizo el llamamiento al Occidente para emprender la cruzada. Entre los mendigos había tal vez personas que publicaron en sus

canciones aquellos engendros de la ardiente fantasía. Otros peregrinos se sintieron inspirados para hacer lo mismo, y de este modo nacieron poco á poco esos cancioneros, que, en la mas confusa mezcla, contienen verdad y poesía, historia y leyenda, y que al lado de la idea profundamente religiosa de los cruzados, dan tambien una sorprendente expresión de sus extravagantes caprichos, como se desprende suficientemente de los siguientes versos, que dan cuenta de las ocupaciones de los mendigos en el campamento de Antioquia (1):

«Voy á contaros lo que pasa afuera, en el campamento de nuestro ejército cristiano. La carestía es muy grande, sus provisiones se acaban y la situación es deplorable. Pedro el Ermitaño estaba sentado delante de su tienda; va á verle el rey Tafur y le habla con profusión de palabras; allí había muchas personas á quienes el hambre devoraba. «¡Oh señor, le dicen, aconsejanos y mira nuestra miseria. Nosotros vamos á morir de hambre, compadécete por Dios de nosotros!» Pedro contestó: «Necios perezosos, ¿no veis cuántos turcos muertos yacen por todas partes? Pues su carne es excelente comida asada y con sal.» Entonces Tafur el rey dijo: «Habeis hablado con gran prudencia.» Abandona la tienda de Pedro y despide á los suyos que son mas de 10,000 en aquel lugar. Apodéranse de los turcos muertos y les abren en canal; cuecen y asan despues sus carnes para el banquete. Les gusta extraordinariamente y aun la comen sin sal y sin pan. Uno dice con algazara al que tiene á su lado: «Los ayunos han pasado; en los días de mi vida me regalaré mejor, aunque prefiero la carne de cerdo y el jamon cocido con aceite; hagámoslo bien hasta que rodemos por el suelo.» Aquí vienen juntos el conde Roberto, Tancredo y Boemundo y el duque de Bullon, que tan alto estaba por sus honores. Vienen armados de piés á cabeza y presentan sus saludos al rey Tafur. Le preguntan riéndose: ¿Qué tal? ¿cómo os va? Hablad. Bien en verdad, contestó el rey; mentiría si dijese que mal. Si yo tuviese que beber, comida no falta. Perfectamente, dice el duque Godofredo, yo os traigo lo que necesitais: pide un jarro de su vino y de ello bebe el rey Tafur con gusto.»

»Los sitiados presenciaban con horror desde las murallas y torres de Antioquia este banquete y el mismo Baghi-Siyan gritó: «¡Ah! Boemundo; el viento trajo la voz. Por Mahoma, gritó lleno de cólera, nunca se os aconsejó bien; el profanar así á los muertos es propio de almas frívolas y sacrílegas.» Pero replicó Boemundo: «Señor, lo que se ha hecho en el particular no ha sido ordenado por nosotros ni de ello tenemos la culpa. Lo ha imaginado el rey Tafur con su diabólico ejército; son gente de mala vida. Nos duele realmente que á ellos como á salvajes les guste la carne de los turcos, nosotros no la comemos; esto clamaria al cielo.»

LOS CRUZADOS DESPUES DE LA VICTORIA

La audaz arrogancia que respiran estos versos, debió embargar las filas del ejército cristiano, especialmente despues de la retirada de Kerbogha. Pero á pesar de toda la trascendencia de la victoria, los alegres cruzados no hicieron grandes progresos, antes bien cayeron poco á poco en la inacción; pues los príncipes determinaron conceder á las tropas algun tiempo para descansar de los terribles padecimientos y luchas de los últimos meses. Varias divisiones salieron de Antioquia, para ir á buscar provisiones en el ter-

(1) Los versos que siguen han sido traducidos del original francés por Manuel Geibel y publicados por primera vez en esta forma por Sybel en los ya citados tratados «De la historia de los cruzados.» Si estos versos se vuelven á dar aquí como producto de la cruzada, se hace con la reserva que se ha indicado á la conclusión de la nota en la página 15.

ritorio limitrofe, y para apoderarse, si era posible, de un rico botín en ataques parciales contra los emires seldyucidas de las cercanías. Un gran número de peregrinos se quedó, sin embargo, en la ciudad conquistada, por cierto mal sana despues del largo sitio, y en la cual se declaró una enfermedad contagiosa durante los calores del verano de 1098, que causó la muerte á millares de personas. Entre ellas falleció el valeroso Adhemar obispo de Puy, legado del Papa, que murió el 1.º de agosto, el único en que estuvo hasta entonces visiblemente apoyada la unidad del ejército cruzado, y el que tanto trabajó por mantener la buena inteligencia entre los príncipes y la disciplina entre las tropas. Esta muerte fué tanto mas lamentable, cuanto que precisamente entonces los peregrinos estaban á punto de tomar las armas unos contra otros en tenaz lucha; pues Boemundo exigía que le fuese entregada la plaza de Antioquia, como exclusiva posesión suya; y Raimundo, volviendo á su antigua oposición, manifestó con pertinacia, que la ciudad debía entregarse al emperador Alejo. Boemundo combatió este proyecto enérgicamente: en su opinión era de tenerse en cuenta lo que entre tanto había sucedido con los bizantinos. Estos, despues que los cruzados marcharon de Nicea á Siria, continuaron tambien luchando por su parte contra los seldyucidas, y en un principio consiguieron importantes resultados. En el Oeste de Asia Menor cayeron en su poder Esmirna, Efeso, Sardes, Filadelfia y Laodicea; en el interior de la península, el emperador Alejo atravesó victorioso la Frigia, y en junio de 1098 llegó á Filomelium. Pero aquí le dieron malas noticias. Algunos fugitivos, á cuya cabeza se hallaba el conde Estéban de Blois, al pedirle protección, le participaron lo gigantesco que era el ejército de Kerbogha y lo apurada que estaba Antioquia. Pronto se formó la idea de que los cruzados estaban perdidos sin remedio, y de que los bizantinos no pudiendo avanzar mas, se encontrarían en el mayor peligro. En su consecuencia, en vez de intentar á todo trance el levantamiento del sitio de Antioquia, se resolvió á dar por terminada la campaña. Tomó únicamente algunas medidas para poner á cubierto en lo posible las fronteras de sus recién conquistadas provincias y se volvió en paz á su casa.

Ahora bien, ¿debía entregarse á los bizantinos la ciudad de Antioquia, que al fin se había conservado y conquistado merced á la sangre de los cruzados? Boemundo, al protestar contra esto, tenia naturalmente de antemano en favor suyo el voto de la mayoría de sus compañeros. Los príncipes convinieron una vez mas en enviar á Alejo una imponente embajada presidida por el conde Hugo de Vermandois; pero ésta no logró ningun resultado para el momento, pues el conde Hugo, cansado principalmente de las fatigas de la peregrinación, no volvió mas á Siria, sino que marchó para Francia. Por consiguiente la contienda entre Raimundo y Boemundo continuó sin interrupción, y cundió entre los jefes del ejército y aun entre los más humildes peregrinos. La misma diferencia de carácter que había entre el mezquino y envidioso Raimundo y el irreflexivo y audaz Boemundo, existía entre provenzales y normandos. Estos últimos, dice un contemporáneo (1), son de mirada altanera y espíritu audaz, y están dispuestos siempre á la pelea; por lo demás les gusta derrochar, y no trabajar para adquirir. Los provenzales, en cambio viven mal con ellos como los perros con los gatos, ganan con entusiasmo, son laboriosos, pero poco guerreros. Agréguese á esto la profunda diferencia de las masas de ambos pueblos

(1) Este carácter se refiere solo á los franceses y provenzales; pero hay en general una antítesis completa entre los provenzales y los franceses del norte y normandos.

en lo concerniente al sentimiento religioso. Los provenzales estaban llenos de ideas religiosas, al paso que los normandos, y con ellos los demás franceses, dotados de sentimientos mas tibios, oponían poco á poco á la fe maravillosa de los provenzales la burla y la duda. La santa lanza dió ocasión á muchos disgustos despues de la retirada de Kerbogha. Boemundo se burlaba de ella y sus compañeros atribuían el hallazgo á una superchería que no querían alabar. Las riñas y las disputas dividieron á todo el ejército cristiano.

Pasaron entre tanto el verano y el otoño de 1098 sin tomar disposiciones para la continuación de la cruzada. Boemundo y los normandos fácilmente podían aguantar este retraso, porque ya habían conseguido su objeto principal. Tampoco Raimundo quería salir de Antioquia por no dejar en ella á sus anchas á su antagonista; pero en su ejército predominó al fin sobre el odio á Boemundo, el ardiente deseo de terminar la peregrinación, y orar en la tumba del Señor. «Si los príncipes, se decía, nos estorban ir á Jerusalem, nosotros queremos visitar sin ellos el Santo Sepulcro; y si la cuestión sobre Antioquia dura aun mas, destruiremos con gusto la ciudad.» Raimundo temió el efecto de estos rumores que amenazaban su autoridad, y en su virtud dió órdenes de salir de Antioquia y dirigirse con los suyos á fines de noviembre por el Sudeste al interior de la Siria, á Maarra, ciudad á la sazón importante, bien fortificada y floreciente. Apenas había comenzado el sitio de esta ciudad, cuando se presentó Boemundo á tomar parte en la lucha, é impedir por este medio que Raimundo se hiciese dueño exclusivo de la plaza, la cual fué tomada poco despues, posesionándose de ella provenzales y normandos. Entonces la misma cuestión que se agitó violenta sobre Antioquia, surgió sobre Maarra, de tal manera, que no se volvió á hablar durante algunas semanas de la continuación de la cruzada. Los provenzales cayeron por esta causa en la mayor desesperación, y ejecutaron contra Maarra la misma amenaza que ya tuvieron en mientes contra Antioquia, esto es, la destruyeron en una terrible insurrección, y obligaron por este medio al conde Raimundo á que continuara á su cabeza en dirección al Sur. Boemundo vió con placer la situación tan comprometida en que se hallaba su rival, y aprovechó tan buena ocasión para atacar rápidamente á dos edificios fortificados de Antioquia, en los cuales defendía las pretensiones de su señor una brigada que había quedado allí de tropas provenzales. Las venió, y desde entonces quedó de hecho único dueño de la hermosa ciudad del Orontes. Raimundo se llenó de tal cólera y envidia, que resolvió hacer en la primera ocasión una tentativa para apoderarse de otra plaza. En vez de continuar por el camino directo á Jerusalem, llevó su ejército á la costa, deseoso como estaba de someter para sí la ciudad y el territorio del emir de Trípoli. El 14 de febrero de 1099 llegó al primer lugar tripolitano, al fuerte castillo de Irkah, y comenzó á sitiarle. Hallábanse á su lado algunos otros príncipes peregrinos, que se le habían incorporado en el camino; y poco á poco se encontraron tambien reunidos en el campamento de Irkah los restantes, hasta Boemundo y Balduino de Edesa, á pesar de que no podían aun abandonar por mucho tiempo sus principados apenas conquistados. Entre los reunidos ante aquel castillo representó Tancredo un papel particularísimo, porque entró en cierto modo al servicio del conde Raimundo, y sin embargo, tal vez por encargo de Boemundo, á quien no debía ser muy agradable la fundación de un principado provenzal tan cerca de Antioquia, contrarestó los planes de su señor. Pero como á consecuencia de esto se volvieron á agitar las antiguas contiendas, una parte del ejército pidió tumultuariamente ir á Jerusalem. Raimundo por el contrario deseaba obstinadamente permanecer allí, cuando

llegó una embajada bizantina al campamento de los peregrinos, y les rogó que aplazasen la marcha por algunos meses, hasta san Juan por ejemplo, en cuya época quería Alejo hallarse en Siria á la cabeza de un ejército. Raimundo recibió esta nueva con grande satisfacción, porque esperaba con tal motivo, que las tropas podrían permanecer delante de Irkah y aun de Trípoli, hasta tanto que fuesen conquistados aquellos lugares; pero sus adversarios opinaron que á la sazón era necesario continuar la marcha sin tardanza; porque si se aguardaba hasta san Juan, y se afirmaba el emperador en su intento, sin duda alguna dirigiría inmediatamente sus armas en Siria contra Boemundo. Después de largas disputas partió la decisión, como había sucedido antes, de la masa de los cruzados, especialmente de los provenzales. Las visiones exaltaron los ánimos; el llamamiento á Jerusalem cundió impetuoso por todo el campamento, y de repente se levantaron los ejércitos, incendiaron sus tiendas, y á mediados de mayo se dirigieron en desordenados pelotones hácia el Sur. Raimundo derramaba lágrimas de furor y de cólera; sin embargo, le fué preciso ceder, ya que la mayor parte de los príncipes estaban contentos con ir á cualquiera parte. Y de este modo marchó por fin la cruzada sin interrupción hasta el término de su viaje.

CONQUISTA DE JERUSALEN

Aquí aguardaba á los peregrinos otro grave peligro, porque precisamente por entonces se había apoderado de Jerusalem un nuevo enemigo. El lector recordará que los fatimitas egipcios hacia ya tiempo que se habían hecho dueños de casi toda la Siria, y á la vez también de la ciudad santa, de donde habían sido arrojados por los seldyucidas durante el último decenio. En atención á esto, los cruzados, ya durante el sitio de Nicea, concibieron el pensamiento, que mas claramente que cualquier otro movimiento permite conocer hasta qué punto eran accesibles al cálculo prudente en lo temporal aquellas gentes, tan exaltadas en lo místico, concibieron el pensamiento, decimos, de aliarse con los fatimitas, y por lo tanto con los execrados mahometanos, para luchar contra el comun enemigo los seldyucidas. A consecuencia de esto fueron enviados algunos caballeros al Cairo en junio de 1097, y llegaron al campamento cristiano delante de Antioquia embajadores egipcios. La proyectada alianza, sin embargo, maduró tan poco, que los fatimitas, en quienes era pública la opinión de que los seldyucidas y cruzados estaban completamente debilitados por efecto de sus rudas luchas, se atrevieron á dar un ataque á Jerusalem por su propia cuenta y riesgo. Dicho ataque fué coronado por el éxito, y el visir Alafdhah, que llevaba las riendas del gobierno en el Cairo en nombre del débil califa Mostali, mandó entonces á decir á los cristianos que podían visitar la ciudad santa, pero solo en pequeños y desarmados grupos.

Naturalmente, esto no causó espanto al ejército cruzado. Ciertamente su número se había reducido extraordinariamente, porque después de todas las pérdidas ocasionadas por las batallas y enfermedades, y después de las considerables fuerzas que quedaban en el Norte de Siria, no habían salido de Irkah, en dirección al Sur, sino unos 20,000 hombres. Pero el entusiasmo suplía lo que faltaba al número, y la fuerza de resistencia de los enemigos estaba profundamente quebrantada, merced á la derrota de Kerbogha. La marcha se efectuó á lo largo de la costa, pasando por cerca de las populosas ciudades de Beirut, Sidon, Tiro y Akkon, cuyas guarniciones mahometanas no arriesgaron ninguna lucha, y algunas hasta prestaron socorros á los peregrinos. Estos se fueron apartando poco á poco de la costa, marcharon á Ramle y se fueron internando

en el país. Cuando solo faltaba un corto trecho para llegar á Jerusalem, se desordenó todo el ejército. Arrastrados por ardentísima piedad se precipitaron impetuosamente; y cuando por fin (el 7 de junio) aparecieron ante sus ojos los muros y torres de la ciudad santa, se postraron de rodillas, é hicieron oración al Señor, que los había guiado hasta allí.

Roberto de Normandía y Roberto de Flandes acamparon al Norte de la ciudad: por el Oeste tomaron posiciones Tancredo, Godofredo y últimamente Raimundo, cuyas tropas rodeaban también el lado del Sur. El Este, donde se levanta el monte de las Olivas, quedó sin sitiarse. Al cabo de algunos días intentaron dar un asalto á la ciudad, sin hacer antes ningún género de preparativos, solo apoyados en la entusiasta determinación del ejército. Fracasó este ataque, y se vieron precisados á poner un sitio en regla, el cual ofreció al principio grandes dificultades, porque en los alrededores de Jerusalem no había ni suficiente agua, ni comestibles, ni madera para construir máquinas de sitio. Veíanse ya en la mayor necesidad, cuando afortunadamente entraron en el puerto de Joppe (hoy Jaffa) unos barcos genoveses, y prestaron oportunísimo auxilio á los peregrinos con sus provisiones de pan, vino é instrumentos para las obras. Asimismo lograron poco á poco llevar desde grandes distancias la madera de construcción, necesaria para hacer escalas de asalto y dos grandes torres móviles. Cuando éstas estuvieron casi terminadas, todo el ejército, á ruegos de un sacerdote provenzal, á quien el obispo Adhemar había dado en sueños la orden, dispuso una gran procesión alrededor de Jerusalem, con pies desnudos, pero bien armados, á fin de purificarse de los pecados con la penitencia y las oraciones, y para impetrar la gracia del Señor en la conquista de la ciudad santa.

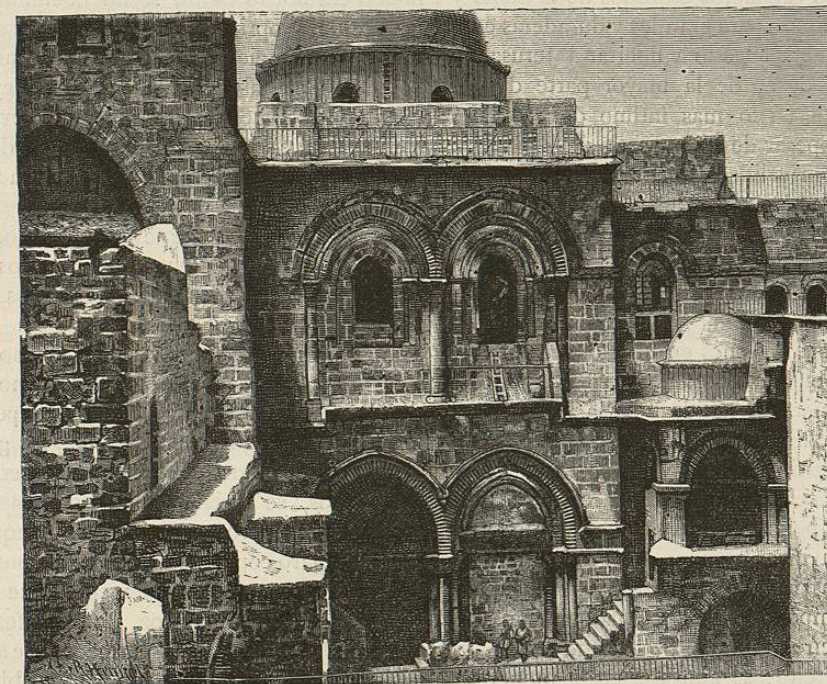
Una de las torres de sitio fué llevada á la parte Norte de la fortaleza por las fuerzas reunidas de los normandos, loreneses y flamencos el 8 de julio. Pero como por este lado los muros estaban en buen estado de conservación, al día siguiente la transportaron al lado del Oriente. Los provenzales, contrariados por las dificultades del terreno, pudieron llevar la otra torre, por el lado del Oeste, cuatro días después. Desde la madrugada del 14 de julio se trabó una lucha encarnizada por uno y otro ejército, y al día siguiente, según se presentaba por ambas partes, debía decidirse en uno ú otro sentido. Así continuaron peleando el 15 de julio, hasta que por la tarde, á la misma hora «en que Jesucristo había consumado su pasión,» lograron echar el puente levadizo desde la torre colocada al Este. Godofredo y su hermano Eustaquio fueron de los primeros que se hallaron sobre los muros enemigos (1). Al mismo tiempo se precipitaron con impetu en la ciudad Tancredo y Roberto de Normandía por una brecha practicada últimamente, y no mucho después consiguieron también por su parte el mismo objeto los provenzales, animados por la aparición de un caballero, resplandeciente de luz, en la cima del monte Olivete. Con el mas vehemente deseo de matanza vengaron los príncipes y caballeros las necesidades y peligros que habían pasado: «hasta las rodillas de los caballeros y hasta las bridas de los caballos» creció el montón de los cadáveres y corrió á torrentes la sangre de los vencidos. La codicia lo removió todo para encontrar tesoros, y especialmente Tancredo, que andaba presuroso en todas direcciones «en busca de oro y plata, caballos y mulos, y casas llenas de toda clase de bienes.»

De este modo se llegó al fin deseado. La profanación de Jerusalem quedó interrumpida y la cruz triunfó sobre el

(1) Véase Rohricht. Memorias para la Historia de las Cruzadas, II, 37; Hagenmeyer, Pedro el Ermitaño, pág. 256, dice que fué tomada la ciudad á las 9 de la mañana.

islamismo. Pero pronto surgió una lamentable escisión entre los vencedores, la cual, ya antes de la entrada en la ciudad, había amenazado desunirlos. Los clérigos que había en el ejército, pretendían que no mandase en Jerusalem un señor del orden civil, sino un Patriarca, y que á la vez se estableciese allí un nuevo Estado de la Iglesia: á esto se opusieron los príncipes por mas que aun no estaba decidido quién debía ser el soberano de la Ciudad Santa. El mas rico entre ellos, y que tenía á sus órdenes el ejército mas fuerte, era el conde Raimundo. Ofrecióle la corona; pero él declinó tan alto honor, fuera porque realmente tuviese miedo «de llevar una corona terrenal en aquellos lugares,» fuera porque no estuviera seguro de sus propias tropas que tantas veces se

habían amotinado contra él. Por fin los príncipes resolvieron elevar al trono al duque de Lorena (1). Sin embargo, á lo que parece, no le nombraron rey de Jerusalem, sino protector y defensor del Santo Sepulcro: el duque mismo pidió con humildad el título mas modesto. De este modo fué proclamado Godofredo de Bullon el primer soberano cristiano de la Jerusalem libertada en 22 de julio de 1099, consiguiendo por este medio un puesto, que hizo su gloria inmortal. Entonces tuvieron origen las leyendas sobre la milagrosa genealogía del duque, sobre sus primeras heroicidades en Alemania é Italia, y sobre su generalato en jefe de los cruzados, á quienes por mandato de Dios condujo al mas feliz término de sus deseos al través del hambre y de la muerte.



Fachada de la iglesia del Santo Sepulcro

Los contemporáneos nunca creyeron hacer bastante celebrando las glorias del varón felicísimo que podía mandar como príncipe allí donde «estuvieron los pies de Jesucristo,» y los trovadores cantaron lo que los ánimos exaltados inventaban, como sucedió respecto de Pedro de Amiens; y de las canciones de los trovadores pasó esta tradición á las crónicas de los historiadores que han merecido crédito hasta en nuestros días.

Sin embargo, apenas había subido Godofredo al trono del que había de ser reino de Jerusalem, cuando se vió amenazado en él con un violento ataque, pues á la sazón llegó á Siria el visir egipcio Alafdhah al frente de un poderoso ejército, con el objeto de arrancar de nuevo á los cristianos su rico botín.

Llevaba consigo 20,000 hombres, probablemente etíopes, bien armados, á los cuales añadió en la ciudad marítima de Ascalon, numerosas hordas salvajes y algunos grupos de seldyucidas errantes. Fué una felicidad para los cristianos, el que esto sucediera, antes que sus ejércitos se hubieran marchado cada uno por su lado después de la toma de Jerusalem. También eran los mahometanos muy superiores en número y en la calidad de los preparativos; pero sus adversarios podían contar confiados, con que, después de los resultados hasta entonces obtenidos, no les faltaría el último y definitivo. El 12 de agosto llevó Godofredo á los suyos al

combate, delante de las puertas de Ascalon. El ejército enemigo fué completamente aniquilado después de una encarnizada lucha; su campamento saqueado, y Alafdhah obligado á huir por mar. La misma Ascalon hubiera sido inmediatamente tomada, pues Raimundo había ya entablado ventajosas negociaciones con la guarnición, si Godofredo, que no quería entregar la ciudad á Raimundo, no hubiera causado un aplazamiento, y al fin por este medio el fracaso de las negociaciones. Pero aunque la importante ciudad quedó en poder de los egipcios, los fatimitas, lo mismo que los seldyucidas, siguieron por mucho tiempo sin poder hacer daño á causa de la dura lección que acababan de recibir. La conquista de Jerusalem quedó asegurada; la primera cruzada había logrado su fin en lo esencial.

CAPITULO III

LOS NORMANDOS Y LOS GRIEGOS DESDE 1099 HASTA 1119 (2).

LOS CRUZADOS Y EL EMPERADOR ALEJO DESDE 1099 HASTA 1101

La primera cruzada, como hemos visto, costó muy cara á

(1) Antes de dirigirse á Godofredo, se dice que los príncipes ofrecieron la corona al duque Roberto de Normandía, pero también de este obtuvieron una respuesta evasiva. Sin embargo, este relato no tiene el suficiente fundamento para que se le pueda dar plena fe.

(2) Wilken, Historia de las Cruzadas, tomo II y demás obras ya cita-